

un niño de dos años, la familia se fue a vivir a Rancho Nuevo, donde casi todos los días había baile; allí oía la música que tocaban su padre y sus hermanos y empezó a cantar por gusto, aunque no aprendió música porque no tuvo quien le enseñara, debido a que fue el menor de los ocho varones; sin embargo, su guía o *surúikwa* es la música; “entre más le cortan más da, como el chilacayote”.

A los catorce años de edad, regresó a Charapan, al barrio de Santiago; ahí conoció a Natividad Ramos Rincón, entonces de 15 años, que hablaba poco purépecha, pero entendía todo. Duraron tres años de novios, se casaron y tuvieron doce hijos, de los cuales sobreviven nueve, pues uno murió al nacer y dos, de muy corta edad, de tosferina. Esta experiencia, junto con las de haber presenciado varias epidemias y el nacimiento del Parícutin se cuentan entre sus vivencias más profundas.

No le fue dado dedicarse a la música como forma de vida, ya que trabajó primero cuidando las 400 borregas de su padre, razón por la cual nunca aprendió a leer ni a escribir, a pesar de que su madre sí lo deseaba. También trabajó de diez años con los hacendados, arreando ganado de noche y manejando los tiros; “para guarnizar a los animales, me subía en un tronco, pues apenas los alcanzaba”. Les ponía sus balancines, boleas, rienda y “me daban jalones; eran buenos para trabajar”. Y así, vestido con calzón blanco de manta de talega de harina, con faja ancha “de vuelta” y descalzo, aguantando quemaduras en los pies por las heladas, conducía el arado. Luego desempeñó el oficio de aserrador. Por la frontera de Caléxico llegó al Valle Imperial donde hace mucho calor en julio, cumplió su contrato de un mes y siguió en otros lugares; allá, dice, “la vida era pura friega, nada de música.” En 1957, cortaba algodón en el tiempo en que “está para rendirse”, lo que le hacía sangrar las manos, pues la planta tenía como uñas de gato o espinas y los guantes no le servían porque le estorbaban; sacaba 100 libras a dos centavos y medio la libra, con lo que sumaba un dólar y setenta y cinco centavos diarios para comida. Entraban a trabajar a las seis o seis y